	<b>INSTITUCIÓN EDUCATIVA ACADÉMICO</b> NIT. 891901024-6 ICFES 01275-024364-018283 Resolución No. 1664 sept. 3 de 2002 Cod. DANE 176147000236	PÁGINA [1 - 1]
		CÓDIGO: DICUI: 600.1.23.01
	<b>GUIAS DIDÁCTICAS PARA EL APRENDIZAJE</b>	VERSIÓN 1
		Fecha de aprobación:

**DOCENTE:** Fernando López Rodríguez. AREA/ASIGNATURA: Filosofía.

**GRADO:** 10. Décimo. **FECHA DE INICIO:** Julio 5 **FECHA DE FINALIZACIÓN:** Julio 30

**COMPETENCIAS:**

Crítica, dialógica. Creativa, Argumentativa.

**APRENDIZAJES:**

Lectura, análisis e interpretación de textos filosóficos.

**CONTENIDOS:** La sabiduría según el filósofo francés André Comte Sponville. Conocimiento, sabiduría, información, comprensión.

**ACTIVIDADES:**

Lectura y análisis del texto: “Sabiduría” del filósofo francés André Comte Sponville. Debes realizar, a partir del texto, una cartografía mental sobre los diferentes conceptos de sabiduría que encuentres, y elaborar un micro ensayo de dos páginas donde expongas con palabra sencillas ¿Qué es la sabiduría? Solo dos páginas.

**EVALUACIÓN:**

Elaboración de trabajo escrito de las actividades, sustentación.

Presentación de informe escrito.

Debes enviar el ensayo al e mail: [lopezr.fernando@gmail.com](mailto:lopezr.fernando@gmail.com)

Por favor no enviar trabajo vía Whatsapp (No es práctico y se puede traspapelar)


**NOTA.**

El texto debe realizarse en formato Word. Con portada donde quede claro tu nombre completo, el grado, la fecha y toda la información técnica al presentarse un trabajo escrito. Si lo haces en el cuaderno debes tomar fotos y convertirla a Word. Todo con el objetivo de hacer práctico el proceso de valoración del trabajo.

Lo importante es gozar con la lectura, hacer un trabajo académico implica pensar primero en nuestra formación, segundo en buscar el valor de **la autonomía**, creo que este valor es importante en estos tiempos, tratar por todos los medios ser los constructores de nuestro propio conocimiento. Deseo Bienaventuranzas.

CUIDATE Y CUIDA A LOS TUYOS.

**CONTENIDOS. Texto la sabiduría.**

	<b>INSTITUCIÓN EDUCATIVA ACADÉMICO</b> NIT. 891901024-6 ICFES 01275-024364-018283 Resolución No. 1664 sept. 3 de 2002 Cod. DANE 176147000236	<b>PÁGINA [2 - 1]</b>
	<b>GUIAS DIDÁCTICAS PARA EL APRENDIZAJE</b>	<b>CÓDIGO:</b> DICUI: 600.1.23.01
		<b>VERSIÓN 1</b> Fecha de aprobación:



París, 12 de marzo de 1952

## LA SABIDURÍA

Por André Comte Sponville.

*“Aunque podamos ser eruditos*

*Por el saber de otro, solo podemos*

*Ser sabios por nuestra propia*

*Sabiduría”*


**Montaigne**

La etimología es bastante clara: *philosophia*, en griego, es el amor o la búsqueda de la sabiduría. Pero ¿qué es la sabiduría? ¿Un saber? Éste es el sentido habitual de la palabra, tanto en los griegos (*sophia*) como en los latinos (*sapientia*), y es lo que la mayoría de los filósofos, desde Heráclito, han confirmado continuamente. Ciertamente, tanto para Platón como para Spinoza, tanto para los estoicos como para Descartes o Kant, tanto para Epicuro como para Montaigne o Alain, la sabiduría tiene mucho que ver con el pensamiento, con la inteligencia, con el conocimiento, esto es, con determinado tipo de saber. Ahora bien, se trata de un saber muy particular, de un saber que ninguna ciencia expone, que ninguna demostración prueba, que ningún laboratorio puede comprobar o verificar, que ningún diploma acredita. Y es que no se trata de teoría, sino de práctica. No se trata de pruebas de experiencia. No se trata de experimentos, sino de práctica. No se trata de ciencia, sino de vida.

En algunas ocasiones, los griegos opusieron la sabiduría teórica o contemplativa (*Sophia*) a la sabiduría práctica (*phronesis*). Pero ambas son inseparables o, mejor dicho, la verdadera sabiduría sería su conjunción. La lengua francesa, que apenas las separa, lo expresa perfectamente. *“Juzgar correctamente para obrar correctamente”*, decía Descartes, esto es la sabiduría. Es probable que unos estén mejor capacitados para la contemplación y otros para la acción. Pero ninguna facultad (universidad) garantiza ser sabio: éstos deberán aprender a ver, aquellos a querer. La inteligencia no basta. *“La sabiduría no puede ser ni una ciencia ni una técnica”*, subrayaba Aristóteles: se refiere menos a la verdad o a la eficacia que al bien, para sí mismo y para los demás. ¿Es un saber? Ciertamente. Pero un saber vivir.

Esto es lo que distingue a la sabiduría de la filosofía, que consistiría más bien en un saber pensar. Pero la filosofía sólo tiene sentido en la medida en que nos acerca a la sabiduría: se trata de pensar correctamente para vivir rectamente, y sólo esto es verdaderamente filosofar. *“La filosofía nos enseña a vivir”*, escribe Montaigne. ¿Acaso no sabemos vivir? Ciertamente: ¡necesitamos filosofar porque no somos sabios! La sabiduría es la meta; la filosofía, el camino.

Recordemos a Aragón: *“Para aprender a vivir, ya es demasiado tarde...”* Montaigne expresaba una idea similar (*“Se nos enseña a vivir cuando ya la vida ha pasado”*), pero de forma más estimulante: de este modo el autor de los Ensayos no expresaba tanto una fatalidad de la condición humana cuanto un error de educación, un error que podía y debía corregirse. ¿Por qué esperar para filosofar, si la vida no espera? *“Cien escolares habrán contraído la viruela antes de llegar a la lección de Aristóteles sobre la templanza”*, escribe maliciosamente Montaigne. ¿Acaso la viruela es cosa de la filosofía? No, ciertamente, en lo que respecta a su remedio o a su prevención. Pero sí lo es la sexualidad, y la prudencia, y el placer, y el amor y la muerte... ¿Cómo iban a bastarnos la medicina o la profilaxis? *“No mueres porque estás enfermo, mueres porque estás vivo”*, leemos en los Ensayos. Así pues, hemos de aprender a morir, aprender a vivir, y esto es propiamente la filosofía. *“Se comete un grave error –continúa diciendo Montaigne– cuando se le presenta como inaccesible para los niños, y con un rostro enfadado, altivo y terrible. ¿Quién me la ha cambiado, quién le ha colocado esa máscara pálida y horrible? No hay nada más alegre, más jovial, y hasta me atrevería a decir juguetón.”* Tanto peor para quienes confunden filosofía y erudición, rigor y aburrimiento, sabiduría

	<b>INSTITUCIÓN EDUCATIVA ACADÉMICO</b> NIT. 891901024-6 ICFES 01275-024364-018283 Resolución No. 1664 sept. 3 de 2002 Cod. DANE 176147000236	PÁGINA [3 - 1]
		CÓDIGO: DICUI: 600.1.23.01
	<b>GUIAS DIDÁCTICAS PARA EL APRENDIZAJE</b>	VERSIÓN 1
		Fecha de aprobación:


y vanidad. El que la vida sea tan difícil, frágil, peligrosa y valiosa como efectivamente es, constituye una razón de más para filosofar lo antes posible (“la infancia también tiene algo que aprender de ella, como las otras edades”) o, dicho de otro modo, para aprender a vivir, en la medida de lo posible, antes de que sea demasiado tarde.

Para esto sirve la filosofía, y por eso puede ser útil a cualquier edad, al menos desde el momento en que se empieza a pensar y a dominar la propia lengua. Esos niños que estudian matemáticas, física, historia, solfeo, ¿Por qué han de privarse de la filosofía? Esos estudiantes que se preparan para convertirse en médicos o ingenieros, ¿por qué ya no estudian filosofía? Y esos adultos absortos en sus trabajos o en sus preocupaciones, ¿cuándo encontrarán tiempo para introducirse en ella, o para volver a ella? Es obvio que hemos de ganarnos la vida; pero esto no nos dispensa de vivirla. ¿Cómo vamos a hacerlo de forma inteligente sin tomarnos tiempo para reflexionar sobre ella, solos o en grupo, sin preguntarnos por ella, sin razonar, sin argumentar, de la forma más radical y más rigurosa posible, sin preocuparnos de lo que otros, más instruidos y más capacitados que la mayoría, han pensado de ella? Anteriormente, cuando hablaba del arte, he citado la observación del Malraux: “Es en los museos donde se aprende a pintar”. Paralelamente, yo diría que es en los libros de filosofía donde se prende a filosofar. Pero el fin no es la filosofía misma, ni aún menos escribir libros. El fin es una vida más lúcida, más libre, más feliz: más sabia. ¿Por qué no habríamos de poder progresar por esta vía? Montaigne, en “De la formación de los niños”, (Ensayos, I, 26), cita la fórmula de Horacio que Kant convertiría en el lema de la ilustración “Sapere aude, incipe: ¡Atrévete a saber, atrévete a ser sabio, empieza!”. ¿Por qué esperar más? ¿Por qué aplazar la felicidad? Nunca es demasiado pronto ni demasiado tarde para filosofar, vía a decir Epicuro, pues nunca es demasiado pronto ni demasiado tarde para ser feliz. Efectivamente. Pero, por esta misma razón, es evidente que lo mejor será que empecemos cuanto antes.

Pero ¿qué sabiduría? También aquí, como en todo, los filósofos discrepan. ¿Una sabiduría del placer, como en Epicuro? ¿Una sabiduría de la voluntad, como en los estoicos? ¿Una filosofía del silencio, como en los escépticos? ¿Una filosofía del conocimiento y del amor como en Spinoza? ¿Una sabiduría del deber y de la esperanza, como en Kant? Corresponde a cada cual formarse una opinión al respecto, que podrá tomar de las distintas escuelas. Por eso hemos de filosofar: porque nadie puede pensar ni vivir por nosotros. Pero en lo que los filósofos sí están de acuerdo, al menos casi todos, es en la idea de que la sabiduría se reconoce en cierta felicidad, en cierta serenidad, digamos que en cierta paz interior, pero gozosa y lúcida, la cual no es posible sin un uso riguroso de la razón. Es lo contrario de la angustia, de la locura, de la desdicha. Por eso necesitamos la sabiduría. Por eso hemos de filosofar. Porque no sabemos vivir. Porque hemos de aprender. Porque la angustia, la locura o la desdicha nos amenazan constantemente.

“El mal más contrario a la sabiduría –escribía Alain- es la estupidez” Esto nos dice, por oposición, hacia qué debemos tender: hacia una vida lo más inteligente posible. Pero la inteligencia no basta. Los libros no bastan. ¿De qué sirve pensar tanto, para vivir tan poco? ¡Cuánta inteligencia hay en las ciencias, en la economía, en la filosofía! Y cuánta estupidez suele haber en la vida de los científicos, de los hombres de negocios, de los filósofos... La inteligencia sólo se aproxima a la sabiduría en la medida en que transforma nuestra existencia, la ilumina, la guía. No se trata de inventar sistemas filosóficos. No basta con saber manejar conceptos; éstos son solamente medios. El fin, el único fin, es pensar y vivir un poco mejor, o no tan mal.

Admirable fórmula de Marco Aurelio: “Si los dioses han deliberado sobre mí y sobre lo que ha de sucederme, lo han hecho sabiamente. Pero aunque no deliberasen sobre nada de lo que nos concierne o aunque no existieran, yo puedo deliberar sobre mí mismo y buscar lo que me es útil”. La sabiduría no es la santidad. La filosofía no es ni una religión ni una moral. Lo que he de defender es mi propio interés, no el de Dios ni el de la

	<b>INSTITUCIÓN EDUCATIVA ACADÉMICO</b> NIT. 891901024-6 ICFES 01275-024364-018283 Resolución No. 1664 sept. 3 de 2002 Cod. DANE 176147000236	PÁGINA [4 - 1]
		CÓDIGO: DICUI: 600.1.23.01
	<b>GUIAS DIDÁCTICAS PARA EL APRENDIZAJE</b>	VERSIÓN 1
		Fecha de aprobación:


humanidad. Éste es, al menos el punto de partida. Es posible que, de camino, encuentre también a Dios, o a la humanidad. Pero no por ello voy a renunciar a esta vida que se me ha dado, ni a mi libertad, ni a mi lucidez, ni a mi felicidad.

¿Cómo he de vivir? Ésta es la cuestión con la que la filosofía se enfrenta desde su mismo inicio. La respuesta sería la sabiduría, pero una sabiduría encarnada, vivida, en acto: corresponde a cada cual inventar la suya. Éste es el punto en el que la ética, que es un arte de vivir, se distingue de la moral, que se refiere únicamente a nuestros deberes. Es evidente que ambas pueden ir juntas: preguntarse cómo vivir, es también preguntarse qué lugar hemos de conceder a nuestros deberes. Pero no por ello dejan de ser distintas. La moral responde a la pregunta: ¿Qué debo hacer?; la ética a la pregunta: “¿Cómo he de vivir?”. La moral culmina en la virtud o en la santidad; la ética, en la sabiduría o en la felicidad. ¿No matar, no robar, no mentir? De acuerdo, ¿Pero quién puede contentarse con esto? ¿Quién puede ver en esto una felicidad suficiente, una libertad suficiente, una salvación suficiente? “No coger el sida -me decía un amigo- no es un fin existencial suficiente.” Evidentemente, tenía razón. Pero tampoco lo es no matar, no robar o no mentir. Ningún “no” es suficiente, y por eso necesitamos la sabiduría: porque la moral no basta, porque le deber no basta, porque la virtud no basta. La moral ordena; pero ¿quién puede contentarse únicamente con obedecerla? La moral dice no, pero ¿Quién puede contentarse únicamente con sus prohibiciones? El amor es más valioso. El conocimiento es más valioso. La libertad es más valiosa. Se trata de decir sí: sí a uno mismo, sí a los otros, sí al mundo, sí a todo, y esto es la sabiduría. “Amor fati”, decía Nietzsche siguiendo a los estoicos: *“No querer nada más que lo que es, ni en el pasado, ni en el futuro, no por los siglos de los siglos; no contentarse con soportar lo ineluctable, y aún menos ocultárselo – todo idealismo es una forma de engañarse ocultándose a sí mismo la necesidad-, sino amarlo”*.

Esto no impide la rebelión. Esto no impide la lucha. Decir sí al mundo es también decir sí a la propia rebelión, que es parte del mundo, a la propia acción, que es parte del mundo. Pensad en Camus o en Cavailles. ¿Transformar la realidad? Esto presupone conocerla. ¿Hacer realidad lo que todavía no es? Esto presupone trabajar con lo que es. Nadie puede actuar de otra forma. Nadie puede avanzar de otra forma. La sabiduría no es una utopía. Ninguna utopía es sabia. No hemos de soñar el mundo, hemos de transformarlo. ¿La sabiduría? Es, fundamentalmente, cierta relación con la verdad y la acción, una lucidez que impulsa a la acción, un conocimiento en acto y activo. Ver las cosas tal como son; saber lo que se quiere. No engañarse a uno mismo. No fingir. “No interpretar un papel trágico”, decía Marco Aurelio. Conocer y aceptar. Comprender y transformar. Resistir y superar. Pues nadie puede afrontar más que aquello cuya existencia ha aceptado primero. ¿Cómo puede uno cuidarse, si primero no acepta que está enfermo? ¿Cómo puede combatir la injusticia, si primero no reconoce que existe? La realidad hay que tomarla o dejarla, y nadie puede transformarla si primero no la toma.

Es el espíritu del estoicismo: aceptar lo que no depende de nosotros; hacer lo que depende de nosotros. Es el espíritu del espinosismo: conocer, comprender, actuar. Es, también el espíritu de los sabios orientales, por ejemplo de Prajnanpad: “Ver y aceptar lo que es, e inmediatamente, si es necesario, intentar cambiarlo”. El sabio es un hombre de acción, mientras que normalmente nosotros solo sabemos esperar y temblar. El sabio afronta lo que es, mientras que normalmente nosotros solo sabemos esperar lo que todavía no es, y echar en falta lo que no es o lo que ya no es. Otra vez Prajnanpad: “Lo que acabó es ya pasado, no existe ahora. Lo que ha de llegar es futuro, no existe ahora. Entonces, ¿qué existe? Lo que es aquí y ahora. Nada más... Puermaneced en el presente; ¡actuaed, actuaed!” Y salvarse, en la medida en que seamos capaces de hacerlo, en lugar de esperar la salvación.

¿Qué es la sabiduría? El máximo de felicidad en el máximo de lucidez. Es la vida buena, como decían los griegos, pero una vida humana o, dicho de otro modo, responsable y digna. ¿Gozar? Sin duda. ¿Alegrarse? Tanto como se pueda. Pero no de cualquier forma. Pero no a cualquier precio. “Todo lo que

	<b>INSTITUCIÓN EDUCATIVA ACADÉMICO</b> NIT. 891901024-6 ICFES 01275-024364-018283 Resolución No. 1664 sept. 3 de 2002 Cod. DANE 176147000236	PÁGINA [5 - 1]
		CÓDIGO: DICUI: 600.1.23.01
	<b>GUIAS DIDÁCTICAS PARA EL APRENDIZAJE</b>	VERSIÓN 1
		Fecha de aprobación:

da gozo es bueno”, decía Spinoza; pero no todos los goces son válidos. “Todo placer es un bien”, decía Epicuro. Pero esto no significa que todos sean dignos de ser buscados, ni que todos sean aceptables. Por lo tanto, hemos de elegir, comparar las ventajas y desventajas, como decía también Epicuro, esto es, juzgar. Para esto sirve la sabiduría. Para esto sirve también, y por la misma razón, la filosofía. No es filosofía para pasar el tiempo, ni para lucirse, ni para jugar con conceptos: es filosofía para salvar la piel y el alma.

La sabiduría es esta salvación, pero no en otra vida, sino en ésta. ¿Somos capaces de acceder a ella? No completamente, sin duda. Pero ésta no es razón para renunciar a acercarnos a ella. Nadie es completamente sabio; pero ¿quién puede resignarse a estar completamente loco?

Si quieres avanzar, decían los estoicos, has de saber a dónde vas. La sabiduría es el fin: la vida es el fin, pero una vida más feliz y más lúcida; la felicidad es el fin, pero una felicidad vivida en la verdad.

Pero no hagáis de la sabiduría un ideal más, una esperanza más, una utopía más, que nos separe de la realidad. La sabiduría no es otra vida que hayamos de esperar o alcanzar. Es la verdad de esta vida, que hemos de conocer y amar. ¿Por qué es digna de ser amada? No necesariamente, ni siempre. Pero para que lo sea. “El signo más claro de la sabiduría –decía Montaigne- es un gozo constante; el estado que procura es como el de las cosas situadas más allá de la luna: siempre sereno.” Asimismo, podría citar a Sócrates, a Epicuro (“Hemos de reír cuando filosofamos...”), a Descartes, a Spinoza, a Diderot o a Alain... Todos ellos han dicho que la sabiduría está del lado del placer, del gozo, de la acción, del amor. Y que la suerte no basta.

El sabio no ama más la vida porque sea más feliz que nosotros. Es más feliz porque la ama más.

Nosotros, que no somos sabios, que no somos más que aprendices de la sabiduría, esto es, filósofos, todavía hemos de aprender a vivir, a pensar, a amar. Nunca se acaba de aprender y por eso necesitamos siempre filosofar. Esto implica necesariamente esfuerzo, pero también gozo. “Es todas las demás ocupaciones –escribía Epicuro-, el gozo sucede al trabajo realizado con esfuerzo; pero en la filosofía, el placer marcha al mismo ritmo que el conocimiento: no es después de aprender cuando gozamos de los que sabemos, sino que aprender y gozar van juntos.”

Ten confianza: la verdad no es el final del camino; es el camino mismo.

**FUENTE:** Invitación a la filosofía. André Comte Sponville. Editorial Paidós Contextos. Publicado en francés en 2000. Traducido por Vicente Gómez Ibáñez. En 2002 fue traducida al castellano. Impresa en Barcelona.